

EL QUIJOTE

OT
124

ARTÍCULO DE VULGARIZACIÓN
ESCRITO A RUEGO DE LA EMPRESA DEL

«POSTAL-LIBRITO»

POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

hijo adoptivo de Alcalá de Henares

(Edición de quinientos ejemplares)



MADRID

C. BERMEJO, IMPRESOR

SANTÍSIMA TRINIDAD, 7

1934

Ayuntamiento de Madrid



Ayuntamiento de Madrid

EL QUIJOTE

ARTÍCULO DE VULGARIZACIÓN

ESCRITO A RUEGO DE LA EMPRESA DEL

« POSTAL-LIBRITO »

POR

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

hijo adoptivo de Alcalá de Henares

(Edición de quinientos ejemplares)



MADRID

C. BERMEJO, IMPRESOR

SANTÍSIMA TRINIDAD, 7

1934

Ayuntamiento de Madrid



EL QUIJOTE

LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE LA CIUDAD DE MADRID

POSTAL-LIBRITO

FRANCISCO RODRIGUEZ MARIN

LIBRO DE LA BIBLIOTECA DE LA CIUDAD DE MADRID



69/134764
70/745946
55/796210

R.22.937

AYUNTAMIENTO DE MADRID



0100767853

Ayuntamiento de Madrid

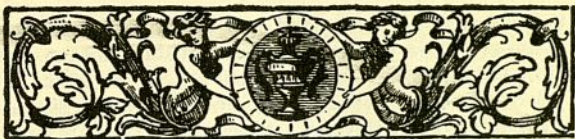
PRELIMINAR

La invitación que han tenido a bien dirigirme los «Amigos de Cervantes» para que contribuya con ellos a conmemorar el próximo aniversario de la muerte del Príncipe de los Ingenios Españoles me encuentra con las manos en la masa... cervantina, atareadísimo con originales y pruebas de mi edición crítica del *Viaje del Parnaso*. Nada, pues, podría yo escribir *ex profeso* para el día 23 del corriente abril.

Esto no obstante, de dos maneras celebraré ese día tan señalado: la una, regalando, a fin de que se reparta en la fiesta de Alcalá de Henares una edicioncita de mi artículo de vulgarización titulado *El Quijote*, que escribí para el *Postal-Librito*; y la otra, enviando a los señores representantes diplomáticos y consulares correspondientes, acreditados en Madrid, veinte ejemplares en gran papel de hilo de mi *Nueva edición crítica del «Quijote»* (1927-28), con que quiero obsequiar a las Bibliotecas Nacionales de los estados hispanoamericanos.

F. R. M.

14 de abril de 1934.



EL QUIJOTE

La Empresa propietaria del **Postal-Librito**, con muy buen acuerdo, se propone difundir en sus páginas la lectura del *Quijote*, y me ha rogado—con acuerdo menos plausible—que por vía de introducción escriba unos renglones acerca del mejor de los libros de *Cervantes*. A tal deseo no podía menos de acceder quien nunca perdió ocasión, en lo que va de siglo, para divulgar las incomparables obras y encajercer los altísimos merecimientos del Príncipe de los Ingenios Españoles.

Llana y brevemente daré, pues, una idea somera acerca de los puntos que más pueden interesar a los lectores de esta nueva publicación.

I

Miguel de Cervantes, nacido en Alcalá de Henares en 1547, probablemente el día de San Miguel Arcángel, 29 de septiembre; trasladado en 1564 con sus padres, hidalgos pobres, a Sevilla, donde cursó Humanidades en el colegio de la Compañía de Jesús; alumno después y quizás pasante, en 1568, en el es-



tudio madrileño de Juan López de Hoyos; soldado luego en Italia y herido de tres arcabuzazos en la famosa batalla naval de Lepanto (1571), en la cual peleó heroicamente; cautivado en 1575 por el pirata Arnaúte Mamí, y llevado a Argel, ciudad en que permaneció dando altísimos ejemplos de valor, de patriotismo y de caridad cristiana, con frecuente riesgo de su vida, hasta que en 1580 fué rescatado por los padres redentores de la Trinidad; ya en España, escritor dramático de escasa fortuna durante algunos años y comisario en Andalucía de los proveedores de las galeras reales para la saca de bastimentos, oficio ajetreado, mal visto y muy peligroso, en el cual nunca ganó salarios superiores a doce reales por día, y esto, a cambio de diversas prisiones en Sevilla y Castro del Río, y de una excomunión por sacar cierto trigo eclesiástico en Écija, y de salir alcanzado en unos tres mil reales, que nunca tuvo hacienda para reembolsar; *Cervantes*, nobilísimo caballero del Ideal y que tropezó, por tanto, en todas las bajas realidades que ofrece el trato del mundo; *Cervantes*, este *Miguel de Cervantes* que tanto había soñado despierto, imaginó una obra tal como el *Quijote*, en 1602, estando preso por segunda vez en la Cárcel Real de Sevilla, «donde toda incomodidad tenía su asiento y donde todo triste ruido hacía su habitación». La incomparable novela se engendró, pues, en la cárcel, como su autor dice; pero éste no la escribió en ella, sino andando de acá para allá, hasta que fijó temporalmente su residencia en Valladolid, donde en 1604 hubo de terminar la parte primera, estando allí la Corte.

El primer propósito del autor no debió de ser la composición de una obra muy extensa, sino la de una obrita breve, no mucho más larga que la mayor de

sus *novelas ejemplares*. A mi juicio, su trabajo debía de acabar, conforme al plan primero, con el escrutinio de la librería de Don Quijote; pero como había asunto para mucho más y a la buena panadera le crece la masa en las manos, esto sucedió a *Cervantes*, quien, agregando y aun contraponiendo al caballero soñador un escudero tan prosaico y realista como Sancho Panza, los sacó a correr mundo y a buscar aventuras, aventuras y mundo tales, que han sido, son y serán perpetuamente minas inagotables de regocijo y de amenísimo deleite para millonadas de lectores de todas las naciones del mundo.

Como es sabido, en la primera parte del *Quijote*, publicada en 1605, se daba por terminada la obra; tanto fué así, que al acabar, al mismo tiempo que los epitafios de Sancho y Dulcinea se inserta el del protagonista:

«Aquí yace el caballero
bien molido y mal andante
a quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero...»;

mas corriendo los días, y visto el asombroso éxito de su libro, *Cervantes* se resolvió a escribir la segunda parte, que salió a luz en 1615, el año antes de la muerte de su autor.

Éste cedió a Francisco de Robles, librero, el privilegio de las dos partes de la obra. ¿En cuánto? No se han hallado las escrituras referentes a tales enajenaciones; pero por lo tocante a las *Novelas ejemplares*, que fueron vendidas al mismo librero en precio de mil seiscientos reales, con aditamento de veinticuatro ejemplares del libro, colígese que, cuando mucho, no pasaría del doble de esta cantidad lo que *Cervantes* percibió por cada una de las partes del *Quijote*.



Al fin, como dicen los fáciles de contentar, lo que no va en lágrimas, va en suspiros; lo que no fué en dinero para pasar bien su vida mortal, lo ha cobrado *Cervantes*, con muchas creces, en gloria inmarcesible, como autor de un libro incomparable, en que lo ideal y lo real se dan la mano y se compenetran maravillosamente.

II

El mismo año en que se publicó la primera parte del *Quijote* salieron a luz seis ediciones de ella: dos en Madrid, dos en Valencia y otras dos en Lisboa, y muchas más en los años siguientes, dentro y fuera de España. Tradújose poco después a las principales lenguas de Europa: al inglés, por Shelton, en 1612; al francés, por Oudin, en 1614; al italiano, por Franciosini, en 1622. Don Leopoldo Rius, a fines del siglo XIX, registraba hasta setenta ediciones publicadas en el siglo XVII, en veinte idiomas diversos, de las cuales, por fortuna, correspondió a España el mayor número. Hasta el año 1917, por la cuenta que hacen los bibliógrafos cervantinos señores Suñé, iban publicadas novecientas sesenta y cuatro ediciones. Hoy, sin duda, pasan del millar las que pueden catalogarse.

III

Fué tan amplia y tan rápida la difusión del *Quijote*, que en 1607, a los dos años de publicado, ya se conocía hasta en las apartadas regiones del Perú. En efecto, en una fiesta de sortija que en dicho año se celebró en Pausa, capital de los Parinacochas, y cuya relación, manuscrita y de la época, hallé en la biblioteca del Marqués de Jerez de los Caballeros y

di a conocer en mi libro titulado *El «Quijote» y Don Quijote en América* (1911), figuraron disfrazados de Don Quijote y Sancho Panza dos españoles, cuya intervención en aquel regocijo se describe así:

«A esta hora asomó por la plaza el Caballero de la Triste Figura Don Quixote de la Mancha, tan al natural y propio de como lo pintan en su libro, que dió grandísimo gusto verle. Venía caballero en un caballo flaco muy parecido a su Rocinante, con unas calcitas del año de uno, y una cota muy mohosa, morrión con mucha plumería de gallos, cuello del dozavo y la máscara muy al propósito de lo que representaba. Acompañábanle el Cura y el Barbero, con los trajes propios de escudero e infanta Micomicona que su corónica cuenta, y su leal escudero Sancho Panza, graciosamente vestido, caballero en su asno albardado y con sus alforjas bien proveídas y el yelmo de Mambrino; llevábale la lanza, y también sirvió de padrino a su amo, que era un caballero de Córdoba de lindo humor, llamado don Luis de Córdoba, y anda en este reino disfrazado con nombre de Luis de Gálvez...»

¿Llegaría a saber *Cervantes* que se había celebrado tal fiesta? Seguramente no, pues a saberlo, cuando en la segunda parte del *Quijote* calificó de «falta de invención, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades,» la sortija en que el supuesto Avellaneda en su falso *Quijote* había hecho tomar parte al Hidalgo Manchego en Zaragoza, habríala comparado, sin duda, con la hermosa fiesta peruana, variada y amena, riquísima de vida y de colores, y para la cual las costumbres de entrambos mundos dieron lo más original y pintoresco que tenían. Y hasta habría exclamado quizás como tres siglos después exclamó el poeta sevillano

no García Tassara, en el prólogo de sus *Poesías*: «Es un orgullo escribir en una lengua que se habla en tanta parte de la tierra civilizada». Y de todas maneras, sabiéndolo o adivinándolo, con entera verdad puso *Cervantes* en boca de Mercurio, en el *Viaje del Parnaso*, esta rotunda afirmación:

«Tus obras los rincones de la tierra,
llevándolas en grupa Rocinante,
descubren, y a la envidia mueven guerra.»

IV

¿Cómo se entendió el *Quijote* por las primeras generaciones que lo disfrutaron? ¿Qué clase de lectura hallaron en él? A no dudar, la de un libro de mero entretenimiento y diversión, sin otro mayor alcance. Y así lo calificaba su mismo autor, pues dijo en el referido *Viaje*:

«Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo
al pecho melancólico y mohino,
en cualquiera sazón, en todo tiempo.»

Este juicio concuerda con lo que en la segunda parte de la novela declaró por boca de Sansón Carrasco, refiriéndose a la primera parte: «*los niños la manosean, los mozos la leen, y los hombres la entienden, y los viejos la celebran... Y los que más se han dan dado a su lectura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un Don Quijote; unos lo toman si otros le dejan, éstos lo embisten y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto...*»

Era, pues, buena lectura, especialmente para pajes; para la gente moza, que a carcajadas se reía de

las desastradas aventuras del caballero y su escudero; no para gente sesuda y grave, que había de gastar su tiempo en cosas propias de su seriedad. He visto varios catálogos de ricas bibliotecas de letrados y escritores del siglo XVII y *en ninguna de ellas* había un *Quijote*. Es particularidad muy significativa. De esta obra maravillosa sólo se vió por entonces lo meramente exterior, y en Don Quijote, solamente un loco disparatador, más digno de risa que de lástima, porque él se buscaba por su mano las desventuras de sus comprometidas aventuras.

Y que *Cervantes* mismo no daba más alta interpretación ni más trascendental importancia al protagonista de su novela, échase de ver claramente por algunos de sus pasajes, sobre los cuales llamé la atención en mi *Nueva edición crítica* de ella (1927-28). No los reproduciré en este lugar; pero sí el comentario que allí les puse (tomo VI, pág. 443), al afirmar que por todos ellos «se demuestra que en el no ver en su héroe las exquisitas sublimidades que vemos ahora, *Cervantes* era tan sólo uno de tantos hombres de su tiempo. Don Quijote, para su autor, y después para sus lectores, no fué durante el siglo XVII y una buena parte de XVIII sino un sujeto de claro talento, extraviado ridículamente por sus lecturas; lo mejor, lo más espiritual del héroe, su generoso altruismo, las delicadas excelencias de su alma, estaban en el libro, sí; pero su propio padre, que las tenía por personalmente suyas, no acertó a verlas de todo en todo en su criatura, ni menos a aquilatarlas y ensalzarlas como era debido. Somos los lectores de todo el mundo los que, andando el tiempo y poco a poco, hemos descubierto y relevado lo mejor del tesoro del gran libro de *Cervantes*, y, en este sentido, podría decirse que hemos colaborado con él, y que al aplaudir su obra, aplaudimos,



al par que la magnitud y nobilísima calidad del portentoso ingenio que la creó, el laudable esfuerzo con que entre todos, españoles y extranjeros, hemos logrado calar hasta su fondo y aquilatar su alcance y trascendencia. Por esta causa, entre otras, el *Quijote* ha llegado a ser tan nuestro, tan de toda la humanidad culta, como del mismo *Cervantes*.»

V

Mas, por desgracia, habiendo en él, como la hay, variada y excelente lección para todas las edades y para todos los grados de cultura, no se lee en España tanto como se debiera, y de este mal me quejaba yo, aportando muchos datos fidedignos, en 1916, en una conferencia leída ante el Ministro de Instrucción Pública en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, y reimpresa algunos meses ha. Se tiene a *Cervantes*, sin discrepancias, por lo que es: por un coloso del ingenio humano, cierto; pero se lee poco la más capital de sus obras, aun ofreciendo especial encanto para todos, pues hace reír a los niños, y pensar y sonreír, que es más y mejor, a los adultos, cuya experiencia les capacita para catar y estimar en lo mucho que valen lo asombroso de la invención, el primor del estilo, las áticas sales del gracejar y la ironía mansa y suave de un autor muy resignado con su pésima suerte y muy desengañado de las vanas y mentirosas apariencias sociales.

Las caídas que por acá y por allá va dando Don Quijote corresponden a muchas otras con que espiritualmente había dado de ojos el lisiado de Lepanto en sus andanzas por la vida; los palos y mojicones que el hidalgo manchego va recibiendo en el curso de sus desventuradas aventuras no son sino materiales remembranzas de los que en su trato con

la sociedad de su tiempo fué recibiendo en su alma quien la tenía tan noble y exquisita; y antes pasaron unos cerdos, muchos cerdos, sobre este madrigalista romántico, que sobre Don Quijote, también iluso romántico y madrigalista. Es la moneda con que, por lo común, paga este bajo mundo a los infortunados; bien que para los empinados por la fortuna aún tiene otra paga más innoble: la adulación servil y rastrera, que más almohaza que cepilla a los lisonjeados.

VI

En nuestro tiempo se lee el *Quijote* en todo el mundo: aquellas naciones a cuyos idiomas no estaba traducido al comenzar el siglo XX, se han dado prisa a remediar esta omisión, que consideraban bochornosa. Así, verbigracia Noruega, a cuya lengua lo ha traducido Grönwold. Los otros países mejoran las versiones que tenían, y puede decirse que hoy, a la nueva luz de las ediciones españolas comentadas, cada nación se esmera en reemplazar ventajosamente sus traducciones de antaño. Así en Italia Giannini, y Cardaillac y Labarthe en Francia.

Quienes más no pueden, se contentan con difundir y vulgarizar la lectura del *Quijote* por medio de ediciones parciales. Esto se propone hacer la Empresa propietaria del **Postal-Librito**, que irá dando a sus lectores, poco a poco (*inter folia fructus*), lo más llamativo y sustancioso de la sin par novela.

Por ello bien merece el aplauso de los amantes de la sana cultura nacional.



